

## PONENCIAS

### El espacio del otro

Por Antonio DOMÍNGUEZ REY  
UNED

Mens agitat molem et magno se corpore miscet  
VIRGILIO: *Encida*, VI, 727.

El habla cotidiana (*die alltägliche Rede*) es el campo de la manifestación del otro. Al hablar, se nos presenta otro y nos presentamos como otros. Esta experiencia tiene doble rostro en la filosofía husserliana: uno inmediato, tal cual se presenta —el aspecto cosa del lenguaje—, y otro mediato, en realidad oculto, inaccesible. Lo inmediato del lenguaje es su cuerpo investido ya de cierto grado espiritual —*Leib*—, pero precisamente este asomo espiritual en el cuerpo es lo que se oculta detrás de él y sólo lo intuimos mediatamente. En la experiencia verbal del otro obtenemos en primera instancia su palabra material, no la interior, la de su experiencia anímica. Su *Innerlichkeit* permanece oculta. Alcanzamos un *Mit da*, no un *Selbst-da*. La experiencia íntima del otro, su corriente vital, nunca se ofrece como presencia originaria, sino como experiencia colateral, “apresentada”.

Aunque hay semejanza entre esta apercepción del otro y la de la cosa —se trata en ambos casos de común mediatez de la intencionalidad—, en la experiencia cósmica podemos alcanzar lo originario, una completud por sucesivas presentaciones, mientras que, en la alterativa, lo interior del otro es siempre apriori encerrado, imposible —*apriori ausgeschlossen*—. Es lo otro que habla incesante en lo de aquí, en su materialidad sensible. La materia del lenguaje se repite en sucesivas presentificaciones. Lo sensible reproduce lo sensible y en

ello se agota. Ahora bien, el *Körper* lengua es una carne traspasada de sentido: *Leib*, un cuerpo investido de espíritu: *begeistete Objekte*. En esto se diferencia básicamente de la percepción cósica, pues remite a una ausencia desde un *Mit da*. Es la apercepción con sentido *alter ego* de Husserl<sup>1</sup>. A ella pertenece, de hecho, el lenguaje.

El paso de mi *Körper* a *Leib* o *Leib-Körper* se evidencia en la unidad sintética de mis actuaciones y potencialidades internas, en las que me descubro como centro organizante-organizado de mi propia constitución orgánica. Es la transformación perceptiva del órgano en objeto y de éste, a su vez, en aquél<sup>2</sup>, procurando así una “reflexión” intercorpórica que, en realidad, está constituyendo el espacio interior del cuerpo como algo objetivo frente a la corriente vivencial<sup>3</sup>.

Esta organicidad espacializada o *Leib-Körper* es la mediación que usa Husserl para dar el salto analógico —un salto sin tiempo— a la corporeidad animada del otro. Mi *Leib* es el fundamento original del apareamiento —*Paarung*— y de la “transgresión” intencional que se produce en la síntesis pasiva que lo origina<sup>4</sup>. Al aparecer la presencia del otro *Körper* en la esfera vivencial del mío, se dispara en mi experiencia —en ese disparo pasa también mi *Körper-Leib*<sup>5</sup>— otro presente ya pasado de mi cuerpo y, en virtud suya, también acompañado de otros presentes antiguos, se asocian las dos presencias, viva una, reavivada la otra, y el sentido se transfiere de una a otra. Como mi *Körper* ya era *Leib-Körper*, en la mediación va implicada también, como inferencia de tránsito asociativo, no lógico, la transferencia de un *Leib* al *Körper* del otro ahora presente en mi esfera vital. Asunto distinto es, como decíamos, el interior de este otro, su espíritu, sólo intuible colateralmente a través de las manifestaciones de su *Leib-Körper*.

<sup>1</sup> Husserl, E.: *Cartesianische Meditationen*. F. Meiner Verlag, Hamburg, 1987, p. 114.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 99.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 107.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 115.

<sup>5</sup> Theunissen, M.: *Der Andere*. W. de Gruyter, Berlin, 1977, p. 65.

Aplicado este esquema al lenguaje, se deduce que la comunicación del habla es siempre mediata, una continua interpretación de los signos y señales de estos cuerpos orgánicos. Sin embargo, su *Leib* es también un tanto diferente de cualquier *Körper* o cosa (*Ding*). Al analizar la función inicial del habla dentro del sistema constitutivo del otro, M. Theunissen resalta la impresión que aquélla produce de introducirnos en el alma del otro desde su cuerpo orgánico<sup>6</sup>. El habla (*Rede*) sirve así de guía, incluso de base, a la “instauration originaria” del otro. El lenguaje pertenece también a los “sistemas constitutivos mutuamente correspondientes y concordantes” de la armonía intersubjetiva<sup>7</sup>. Husserl no desarrolla este *Leib-Körper* del lenguaje en las *Meditaciones Cartesianas*. Nos sugestiona con el paso del *Mit da*” al *Selbst-da*, nunca alcanzado, de la corriente vivencial del otro, pero siguen prevaleciendo en él las dicotomías expresión / indicación, significación / manifestación, de las *Investigaciones Lógicas*<sup>8</sup>. El *Leib* del lenguaje queda reducido en la esfera mundana del *Körper*, aunque, de hecho, continúa actuando en la transferencia analógica de la *Übertragung*.

Si el habla, como otras actividades concordantes de la intersubjetividad, por ejemplo el trabajo, nos ofrece la síntesis de la expresión y de lo expresado, según dice Husserl en *Ideas II*<sup>9</sup>, al lenguaje le corresponderá también una función interna. Su enclave pertenece, como mínimo, a la estructura reducida del mundo objetivo, al ámbito de lo extraño. Ahora bien, el concepto mundo es homónimo en Husserl. Por una parte, pertenece a la esfera de lo propio, se constituye en ella, pero, por otra, lo trasciende. Es un sustrato de las experiencias, algo que me pertenece y que, en el mismo punto, me excede. En él, las vivencias descubren lo que no es mi esencia propia<sup>10</sup>.

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 59.

<sup>7</sup> Husserl, E.: *Cartesianische Meditationen*, o. c., p. 110.

<sup>8</sup> Husserl, E.: *Logische Untersuchungen*, zweiter Band. Hua XIX, 1, pp. 30-110. Se trata de la primera investigación, «Ausdruck und Bedeutung».

<sup>9</sup> Husserl, E.: *Ideen II*. Hua IV, p. 236.

<sup>10</sup> Husserl, E.: *Cartesianische Meditationen*, o. c., p. 109.

En cuanto mundo trascendente, el lenguaje sólo puede constituirse como experiencia al modo del *alter ego*. De ahí que ofrezca en su estructura un esquema de tránsito alterativo<sup>11</sup>. Sin embargo, como mundo inmanente, de la esfera de lo propio, sólo podría pertenecer a la corporeidad orgánica, objetiva y espacial. En la reducción del cuerpo a la esfera de lo propio, frente a lo extraño, Husserl recurre a la función objetiva del órgano actuante y a la orgánica del objeto correspondiente: «Das wird dadurch möglich, daß ich jeweils „mittels“ der einen Hand die andre, mittels einer Hand ein Auge usw. wahrnehmen ‚kann‘, wobei fungierendes Organ zum Objekt und Objekt zum fungierenden Organ werden muß»<sup>12</sup>. Confiado en la mecánica del método, en esta reducción se excluye cuanto no es verdadera propiedad —*eigenheitliche Reinigung*— de uno mismo. De este modo, pierdo, dice Husserl, hasta mi sentido natural de ser un yo, en tanto queda eliminada toda relación de sentido a un posible nos (*Uns*) o nosotros (*Wir*)<sup>13</sup>, del que partíamos. Es la esfera de la propiedad espiritual. No obstante, en esta reducción entra asimismo “la forma espacio-temporal” descubierta en la relación órgano-objeto-órgano, de la que deducimos la espacialidad de cada uno de los objetos en ella reducidos<sup>14</sup>. Le pertenecen también “los predicados de valor y de obra”<sup>15</sup>, donde habrá que situar el lenguaje; por tanto, en la esfera de lo propio.

Al excluir el “nosotros” y ceñir la esfera de lo propio a una contraposición yo-mundo dentro de mi ser siquicofísico, en la que el

<sup>11</sup> En este nivel, sólo el cuerpo de la palabra, su materialidad fónica, sería objeto de percepción originaria, reproductiva, y el significado, a su vez, lo presentado, lo oculto sujeto a consideración intersubjetiva y comercial con aproximaciones más o menos certeras, pero nunca concluyentes. La plenitud experiencial corresponde sólo al significante.

<sup>12</sup> Husserl, E.: *Cartesianische Meditationen*, o. c., p. 99.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 100: «so habe ich meinen natürlichen Sinn eines Ich insofern verloren, als ausgeschieden bleibt jeder Sinnbezug auf ein mögliches Uns oder Wir und alle meine Weltlichkeit im natürlichen Sinne».

<sup>14</sup> *Ibíd.*

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 110.

yo es también una parte de ese mundo reducido, del lenguaje sólo queda un halo suyo, porque la comunicación desaparece y, con ella, su valor indicativo. La relación que hay ahora entre expresión y expresado no es, según dice Husserl en *Investigaciones Lógicas*, un señalar indicativo (*anzeigen*) de existencia, como el del lenguaje cotidiano, sino una mostración (*hinzeigen*). Aquí, «Das Dasein des Zeichens motiviert nicht das Dasein, oder genauer, unsere Überzeugung vom Dasein der Bedeutung»<sup>16</sup>. Es el ámbito del monólogo, que Husserl contrapone al del habla. En la esfera propia del hablar uno consigo mismo no hay transferencia comunicativa. Nos representamos sólo como hablantes y comunicantes, «man stellt sich nur als Sprechenden und Mitteilenden vor»<sup>17</sup>. Asistimos solitarios a la escena del habla. Ese lenguaje es pura representación imaginativa de sonido, grafemas o interlocutores.

Lo sorprendente es que Husserl siga hablando de expresión en la esfera de lo propio, cuando en realidad descarta cualquier signo suyo diferenciado. ¿Por qué, entonces, la necesidad de una palabra no real, ni siquiera imaginaria, sino sólo su representación imaginativa? Esa necesidad remite al acto mismo de la imaginación como pura forma imaginante, al punto en que noesis y noema coinciden. No se trata de un significado con perfiles bien definidos y contrapuestos a los de otro; menos aún de alguna sustancia materialmente formalizada. La expresión simultánea en Husserl con el sentido y los significados, o los constituye atravesándolos. Es la fluencia misma del sentido en su constitución y excedencia propia, o la dirección intencional constituyendo sentido. Cuando éste se formaliza, aparece la *Bedeutung*, el significado, y su apoyo es precisamente la dinámica de aquella intención del yo dirigiéndose a sí mismo y descubriéndose como sentido en la esfera de lo propio, es decir, como parte del mundo, cuerpo orgánico y yo personal. De hecho, al preguntarse Husserl qué cambios experimentan los contenidos vivenciales expresivos cuando interviene la expresión, los remite a su intencionalidad, a su sentido

---

<sup>16</sup> Husserl, E.: *Logische Untersuchungen*, o. c., p. 42.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 43.

inmanente, a la diferencia que separa, de una parte, a este sentido y los momentos eidéticos del elemento pre-expresivo y, de otra, a la significación del fenómeno expresivo en sí con los momentos que le pertenecen<sup>18</sup>. Define también la expresión como forma que se adapta a cada “sentido” en tanto núcleo noemático y lo introduce en el reino del “Logos”, de lo *conceptual* y *general*<sup>19</sup>.

J. Derrida vio en esta función «une double sortie hors de soi du sens (*Sinn*) en soi, dans la conscience, dans l'avec-soi ou l'auprès-de-soi»<sup>20</sup>. Este doble vector estaría representado por la expresión y la intención efectiva, no siempre simultáneas. J. Derrida resalta también, al explicar la idealidad de la *Bedeutung*, la no coincidencia entre *expresión*, *Bedeutung* y *objeto*<sup>21</sup>.

Se establece aquí un espacio semiótico claramente delimitado por los tres vértices. Sólo resta añadir el sentido como núcleo del triángulo, cuya constitución preside. Es el germen procesual de la aprehensión objetiva, culmine ésta en intuición, con objeto bien real, bien representado, o señale sólo la intención objetiva, su “visée”, no cumplimentada por una intuición plena. El plano expresivo remite entonces, bajo la presencia dinámica del sentido, a un significado —lo apunta— o a un objeto, real o re-presentado. Tal espacio semiótico es el de la constitución objetiva de la conciencia. El apuntar de la expresión a un significado, a través de la voz, corresponde a los “actos de dar sentido” o “intenciones significativas”, que son esenciales a la expresión, mientras que el cumplimiento de esas intenciones significativas compete a otro tipo de actos no esenciales, pero que *cumplen*, “confirman”, “robustecen” o “ilustran” la expresión. Son los actos

---

<sup>18</sup> Husserl, E.: *Ideen I*. Hua III, 1, p. 287.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 286.

<sup>20</sup> Derrida, J.: *La Voix et le Phénomène*. PUF, París, 1983, p. 35.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 101. Se apoya en el párrafo noveno de las *Investigaciones Lógicas*, I. En el decimocuarto constan los tres componentes: «Die beziehenden Reden von *Kundgabe*, *Bedeutung* und *Gegenstand* gehören wesentlich zu jedem Ausdruck» (*Logische Untersuchungen*, I, o. c., p. 56). Lo notificado son vivencias síquicas; lo significado, el sentido o contenido y, lo nombrado, el objeto de la representación (*Ibid.*, p. 38).

plenificadores de la intención significativa o el *sentido impletivo*<sup>22</sup>. Los denomina *actos de cumplimiento del sentido* o *cumplimiento significativo*, que anticipan, a nuestro entender, la pragmática. Unos y otros se unen cuando la referencia de la expresión a la objetividad se realiza de pleno<sup>23</sup>.

Con estas divisiones, Husserl establece las bases de la semiótica y de la lingüística sistemática. Según las relaciones entre vértices, distingue tres tipos de expresión. Por una parte, la *absoluta*, que corresponde a lo que hoy conocemos como signo lingüístico o “sonido animado de sentido”<sup>24</sup>; por otra, la “‘mera’ expresión”, el puro sonido verbal, lo sensible o “simple voz”, donde la palabra “cesa de ser palabra”<sup>25</sup>; en tercer lugar, la *expresión plena*, en cuyo caso lo expresado es el “acto de dar cumplimiento”<sup>26</sup>, referencia incluida, diríamos hoy.

Detrás del triángulo hay, sin embargo, una capa pre-expresiva cuya forma nos introduce en el ámbito de la representación imaginaria. Su carácter formal es impreciso. Si se limita a una re-producción neutra, no posicional, será pura fluencia síquica. La palabra no cuenta entonces o se confunde con ese fluir, al modo del idealismo poético de los creadores románticos, hipótesis que Husserl no trata, pero cuyo fermento intuimos en lo más recóndito de la reducción transcendental. El Logos último de Husserl contempla las palabras como una escena que se reproduce ante sus ojos, sin intervenir en ella como actor ni autor, sin ser él mismo público o parte suya representativa. ¿No funciona el lenguaje, al menos, como correlato síquico de la fluencia mental, como significado o frontera, aún no específica, entre el sentido y ese acto fluyente? ¿No se desliza el diálogo, su estructura, por debajo del monólogo? ¿No soy yo mi “tú” en este caso?

---

<sup>22</sup> Husserl, E.: *Logische Untersuchungen*, I, o. c., p. 56.

<sup>23</sup> *Ibíd.*, pp. 44-45.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 44.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, pp. 41-42.

<sup>26</sup> «Der erfüllende Akt». *Ibíd.*, p. 45.

¿Cómo podría ser “yo” sin él?

J. Derrida interpreta esta forma fronteriza de la expresión interna como significante transparente que borra su cuerpo en pro de la forma pura de la conciencia: «Cet effacement du corps sensible et de son extériorité est *pour la conscience* la forme même de la présence immédiate du signifié»<sup>27</sup>. Este significante invisible viene a ser más bien un reducto metodológico. Husserl lo transparenta hasta identificarlo con la forma del concepto. Al explicitar su carácter productivo, señala que su acción noemática «*erschöpft sich im Ausdrücken und der mit diesem neu hereinkommenden Form des Begrifflichen*». Guarda incluso perfecta identidad de esencia temática con la capa pre-expresiva y, por ello mismo, es tal la representación expresiva<sup>28</sup>, es decir, una transparencia diáfana e improductiva de la presencia, como expone J. Derrida.

L. S. Vygotsky analizó estas implicaciones entre pensamiento y palabra. «La regla que rige el lenguaje interiorizado», dice, «es el predominio del sentido sobre el significado, de la oración sobre las palabras, y del contexto sobre la oración»<sup>29</sup>. El habla interna viene a ser «una función autónoma del lenguaje». Las palabras viven a la par del pensamiento y mueren con él<sup>30</sup>. Aunque no coinciden, se motivan mutuamente. «La relación entre pensamiento y palabra», sigue diciendo, «es un proceso viviente; el pensamiento nace a través de las palabras. Una palabra sin pensamiento es una cosa muerta, y un pensamiento desprovisto de palabra permanece en la sombra»<sup>31</sup>. Advierte también que su conexión es procesual y evolutiva.

Relacionando estas observaciones con Husserl, podríamos adelantar que, si bien intuimos el pensamiento detrás de las palabras reducidas, como una consecuencia del método, nunca se da del todo

<sup>27</sup> Derrida, J.: *La Voix et le Phénomène*, o. c., p. 86.

<sup>28</sup> Husserl, E.: *Ideen I*, o. c., p. 287.

<sup>29</sup> Vygotsky, L. S.: *Pensamiento y Lenguaje*. La Pléyade, Buenos Aires, 1984, p. 189.

<sup>30</sup> *Ibíd.*, pp. 191, 192.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, p. 196.



sin ellas, aunque sólo cuente con su sombra. Al ser relación intencional, remite, como mínimo, a la palabra que, constituida, también lo constituye de alguna manera. Y la pregunta se impone: ¿puede el pensamiento, con método reduccionista, desembarazarse de esta sombra verbal? No basta decir que un signo es evocado en nuestra imaginación, pero que en realidad no existe. Esa no existencia real efectúa una función re-productiva que permite pensar en silencio. ¿Habría monólogo si no hubiera habido diálogo? De hecho, Husserl atribuye a la expresión nuevas funciones intencionales, aunque correlativamente tributarias de las que operan en el basamento intencional<sup>32</sup>. M. Dufrenne recuerda a este propósito el esquema kantiano y el *Bild* de Heidegger. Sería una voz muda, descarnada, pero esquematizante. La sitúa en el fondo del cuerpo, donde se esbozan las palabras sin que la voz las haga sonar<sup>33</sup>.

Las delimitaciones de Husserl chocan, por una parte, con la idealidad del significado y del sentido y, por otra, con la fluencia del contenido vivencial puro. Estas polaridades determinaron en lingüística la recurrencia al valor como formalidad diferencial emanada del sistema. Tal es, por ejemplo, la postura de Saussure y, a partir de él, de otros lingüistas, como Hjelmslev. Saussure inventa un nuevo concepto, “la ‘pensée-son’”, para ilustrar la síntesis, aún misteriosa, de pensamiento y materia, ya cantada por Virgilio. «Il n’y a donc ni matérialisation des pensées, ni spiritualisation des sons, mais il s’agit de ce fait en quelque sorte mystérieux, que la ‘pensée-son’ implique des divisions et que la langue élabore ses unités en se constituant entre deux masses amorphes»<sup>34</sup>. Una vez sintetizado el “pensamiento-sonido”, sólo interesan sus diferencias formales<sup>35</sup>, con lo que escamoteamos gran parte del problema en aras del método.

La intención de Husserl consiste en retener algún eco de sustancia

---

<sup>32</sup> Husserl, E.: *Ideen I*, o. c., p. 288.

<sup>33</sup> Dufrenne, M.: *L’Oeil et L’Oreille*. Jean-Michel Place, París, 1991, p. 51.

<sup>34</sup> Saussure, F. de: *Cours de Linguistique Générale*. Payothèque, París, 1983, p. 156.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 166.

expresiva formalizada en la interioridad, pero sin recurrir a lo externo, a lo no-propio. Reducido el carácter sensible de la palabra, su actitud natural y la tesis mundana de existencia, de la que participan los demás fenómenos de autoafección —así el verse y tocarse—, permanece, sin embargo, en el escucharse u oírse hablar uno mismo, un modo de sustancia significativa. Su pertinencia consiste en reducir al máximo la distancia entre significante y significado, entre la experiencia y su contenido síquico. Al convertirse el significante en presencia autoexpresiva, posibilita la subjetividad, el *pour-soi*. Este signo puramente re-presentativo se auto-re-presenta. Tal es, según J. Derrida, el atributo de la *voz fenomenológica*: «l'être auprès de soi dans la forme de l'universalité, comme con-science. La voix est la conscience»<sup>36</sup>.

El proceso se repite igual y de inmediato en la intersubjetividad, donde el significante queda también prácticamente reducido —es simple medio— a relacionar dos orígenes fenomenológicos de autoafección pura. Hablar a alguien es oírse hablar y hacer que el otro *repita de inmediato* en sí la misma forma del oírse hablar que yo produje. J. Derrida matiza que el receptor «reproduce la auto-afección pura sin el socorro de ninguna exterioridad»<sup>37</sup>. Esto es cierto, pero con dos salvedades. Antes de oírse hablar, el receptor oye hablar a otro. En su experiencia inmediata no es él mismo el objeto de su recepción o, como diría Condillac, no se encuentra a sí mismo en lo que oye<sup>38</sup>. Sólo recibe un hablar, no un “oírse hablar”. Y ello a distancia. Queda intermedio el aire transmisor. Y tampoco percibe la misma forma. Se pierden las vibraciones internas autoafectivas, lo que D. Charles denomina “bruit de forme” en la voz, las turbulencias propias del locutor, por ejemplo, el timbre<sup>39</sup>. Los niños repiten con gusto estas turbulencias que vibran en el cuerpo y que incluso podemos consta-

<sup>36</sup> Derrida, J.: *La Voix et le Phénomène*, o. c., p. 89.

<sup>37</sup> *Ibid.*

<sup>38</sup> Condillac contempla la autorreflexión corporal, el proceso órgano-objeto-órgano, en la hipótesis de la estatua. Sólo reconoce que hay otros cuerpos al no encontrarse en los que toca. Cf. Condillac, E.: *Lógica y Extracto Razonado del Tratado de las Sensaciones*. Aguilar, Madrid, 1975, p. 146.

<sup>39</sup> Charles, D.: *Le Temps de la Voix*. J.-P. Delargue, París, 1978, p. 19.

tar con la mano. La voz se inscribe, se grafía en la carne. El significante sí tiene en este caso una exterioridad, aunque el oyente abstraiga en ella una misma forma idealizada, los fonemas.

Por lo que atañe al significado, siguen siendo válidas las observaciones de Husserl sobre la percepción del habla en el modo *alter ego* o de representación intuitiva inadecuada. Entre los interlocutores no hay igualdad de vivencias. Ninguno de ellos vive el lenguaje de la misma manera. No puede entrar uno en el otro. Quedan en un plano de suposición interpretativa<sup>40</sup>.

El sujeto que se oye hablar participa también de la síntesis órgano-objeto-órgano, pero de manera distinta. Al hablar, tactilizamos el sonido. Los órganos fonadores producen, por contacto y resonancia, un objeto sonoro. Lo percibimos mediante otro órgano a través del aire y las resonancias internas de la voz en el cuerpo. Aunque el proceso es de percepción inmediata, hay una transición entre los componentes articulatorios y los acústicos, así como una selección auditiva y una abstracción de sonido que L. S. Vygotsky sitúa como nueva fase, la de "pensar palabras", después del lenguaje egocéntrico, en el que sólo se pronuncian<sup>41</sup>. Existe incluso identidad orgánica común a la boca y al oído. Los órganos branquiales estructuran el oído medio y la faringe oral, "l'oro-pharynx". A. Tomatis ve en este origen común, motriz y sensorio, de intimidad orgánica, la base de su unidad funcional<sup>42</sup>. Por otra parte, la fonación se produce con el movimiento respiratorio. El hablante asimila

---

<sup>40</sup> Habida cuenta de la importancia y actualidad de este planteamiento fenomenológico para la teoría de la recepción, transcribimos las palabras de Husserl: «Es ist der große Unterschied zwischen dem wirklichen Erfassen eines Seins in adäquater Anschauung und dem vermeintlichen Erfassen eines solchen auf Grund einer anschaulichen, aber inadäquaten Vorstellung. Im ersteren Falle erlebtes, im letzteren Falle supponiertes Sein, dem Wahrheit überhaupt nicht entspricht. Das wechselseitige Verständnis erfordert eben eine gewisse Korrelation der beiderseitigen in Kundgabe und Kundnahme sich entfaltenden psychischen Akte, aber keineswegs ihre volle Gleichheit» (*Logische Untersuchungen* I, o. c., p. 41).

<sup>41</sup> Vygotsky, L. S.: *Pensamiento y Lenguaje*, o. c., p. 177.

<sup>42</sup> Tomatis, A.: *L'Oreille et le Langage*. Seuil, París, 1978, p. 69.

y transforma en su interior un objeto externo que, casi de inmediato, devuelve al mundo. El tacto fonador es además articulación espacio-temporal. Al espacio puntual del órgano afectado se une el carácter discreto de la linealidad articularia. Hay una sucesión culminativa diferenciada. En esos puntos se amalgaman tiempo y espacio. Todo ello es recibido a su vez en gradaciones variadas de timbre, duración, intensidad, etc., que homogeneízan con otro criterio las concreciones articuladas. No está clara la coincidencia del carácter discreto en sonido y fonema.

Queremos decir con todo esto que el cuerpo, en cuanto unidad objetiva espacio-temporal, ya es lenguaje. El hablante articula con la voz un espacio y crea tiempo. Es una de las primeras conformaciones del mundo en la conciencia. Al percibir el sonido propio, el sujeto verifica además, identificando lo percibido con lo producido, la constitución objetiva. Se vive. No sólo reconozco lo propio. En ello descubro algo que me trasciende elaborado por mí mismo. La oreja funda, como dice M. Dufrenne, la referencia a sí mismo, pero precisa también de un otro interno, la voz<sup>43</sup>. En tal sentido, conviene recordar que el fonema ya es "unité complexe". Resulta de la combinación de una unidad oída y otra hablada<sup>44</sup>. Conlleva en sí, además del autoafecto, una comparación, base, sin duda, del primer estadio conceptual. La "imagen acústica" se asocia al acto articulario correspondiente, el cual, a su vez, implica imágenes musculares, motrices, adecuadas. Esto lo comprobamos también en el juego fónico de los niños al repetir sus propios sonidos y en la corrección articularia, cuando nos equivocamos.

La constitución fenomenológica del espacio-tiempo fónico va unida a este reconocimiento. No se trata de un tiempo matemático, de "tiempos iguales" en la cadena verbal, sino de "temps homogènes"<sup>45</sup>, de unidades impresivas conformadas según el modo sinestésico de percepción<sup>46</sup>. Al compararlas con el espacio de la articula-

---

<sup>43</sup> Dufrenne, M.: *L'Oeil et l'Oreille*, o. c., pp. 51-63.

<sup>44</sup> Saussure, F. de: *Cours de Linguistique Générale*, o. c., p. 30.

<sup>45</sup> *Ibíd.*, p. 64.

<sup>46</sup> *Ibíd.*, p. 30.

ción, en esa distancia, añadida al tiempo propio del acto articulatorio, más las vibraciones intracorporales, se configura el fenómeno espacio-tiempo como en ninguna parte. De ahí que el lenguaje deba ser considerado también como atributo de lo propio al lado del mundo, el cuerpo y el yo. Es su base de interrelación constitutiva y fundamento, a su vez, de la intersubjetividad en el *modo de apercepción fundamental*<sup>47</sup>.

La psicofonética confirma estas operaciones liminares de la conciencia. Los movimientos vibratorios, regulares o irregulares, de las cuerdas vocálicas, el paso más o menos forzado del aire por la glotis, se traducen en cualidades auditivas, oscuras o claras de la voz. En los juegos fónicos, entre los dos y tres años, el niño descubre con placer que es él mismo la fuente del fenómeno. En estos mismos años reconoce, con sorpresa, su imagen en el espejo. I. Fónagy asocia incluso aquellos movimientos periódicos de la voz con la recreación de una atmósfera prenatal dominada por el ritmo cardíaco de la madre. La correspondencia entre laringe y oído se traduce también, en la entonación, por un segmento espacial de mímica laríngea<sup>48</sup>.

En el vivirse de la voz se autoconciencia el individuo. A. Tomatis asocia este proceso al de humanización: «Ce repli sur lui-même, c'est au langage qu'il le doit... C'est par l'écoute de sa propre voix que la notion de vie le pénètre. C'est par ce jeu incessant avec le verbe que son corps prend une image»<sup>49</sup>. El lenguaje se forma sobre una capa de autoafección cuyas vibraciones contribuyen a formar los signos y sus unidades simbólicas. El mundo se configura en ellas a la par de su producción. Reflejo suyo es, por ejemplo, como cita D. Charles comentando a Heidegger, el tono, el acento peculiar de una zona. Heidegger reflexionó sobre estas implicaciones a propósito de los *Mundarten* o "patois". En tales modos vocales habla la Tierra de origen. Cuerpo y boca, dice el filósofo alemán, pertenecen al flujo y

---

<sup>47</sup> Husserl, E.: *Ideen II*, o. c., p. 238.

<sup>48</sup> Fónagy, I.: *La Vive Voix. Essais de Psycho-Phonétique*. Payot, París, 1983, pp. 117-121.

<sup>49</sup> Tomatis, A.: *L'Oreille et le Langage*, o. c., p. 65.

desarrollo de la Tierra en la que, mortales, crecemos y de la que recibimos genuina raigambre (*das Gediogene einer Bodenständigkeit*)<sup>50</sup>. En la voz articulamos mundo.

Hay otro componente más en estas unidades sintéticas de conformación objetiva. Hoy sabemos que el feto reconoce la voz de la madre. Sus vibraciones fónicas alcanzan al cuerpo en ella naciente. Técnicas de hidro y microfonía detectan ruidos de fondo en el hábitculo uterino, entre los que destaca, al lado de los vasculares e intestinales, el de la voz materna transmitido a través del tórax y del abdomen. A. Tomatis reprodujo un medio amniótico y comprobó que los niños reaccionaban con placer al recibir los sonidos así mediatizados. Incluso alargaban los labios en actitud de succión<sup>51</sup>. En estas respuestas se configura asimismo una especie de apercepción colateral, implícita. En el feto actúan vibraciones mediatizadas del mundo, el “aire” de la voz, que, en forma de oxígeno, penetra también en su sangre. El cuerpo es mundo y el mundo se corporeiza. Desde un punto de vista fenomenológico, a la voz le corresponde una función en este gramma constitutivo.

Reflejo suyo serían, a su vez, las pervivencias orgánicas de la fonémica. Con este término designa B. Ucla la relación simbólica entre significante y significado, la motivación sónica del fonema —un recuerdo de la cinestesia socrática de los sonidos— y, con base antropológica, apoyada en la lateralización del cerebro y del lenguaje, la proyección de la ontogénesis sobre la filogénesis<sup>52</sup>. Recuerda, por ejemplo, el campo semántico materno establecido por B. Malmberg en torno a la *m*, sonido oro-naso-labial asociado a la cadena semántica madre-seno-alimento<sup>53</sup>. Se le opone la *n*, en cuya pronunciación la lengua, liberada de su inmovilidad succionadora, puede percudir el

<sup>50</sup> Heidegger, M.: *Unterwegs zur Sprache. Gesamtausgabe I*, 12. V. Klostermann GmbH, Frankfurt a. M., 1985, p. 194, (p. 205 en G. Neske, Pfullingen, 1959).

<sup>51</sup> Tomatis, A.: *L'Oreille et le Langage*, o. c., p. 72.

<sup>52</sup> Ucla, B.: *Phonème et Latéralité. Les Origines du Langage*. TextIMus, Marcilhac-sur-Célé, 1990, pp. 125, 88.

<sup>53</sup> Malmberg, B.: *Introducción a la Lingüística*. Cátedra, Madrid, 1982, pp. 191-192.

paladar o los dientes. La *n* refleja el primer asomo de autonomía, de identidad, y se caracteriza, como las dentales, por su apertura al exterior. A este campo conjunto de oposición *m / n* se le opone, a su vez, otro externo, el de los sonidos dentales, que representan el mundo del padre. La *n* es el elemento de engarce entre lo subjetivo y objetivo naciente. Nasales y dentales representan el mundo interior y el deíctico, indicativo, de una semántica corpórea en la que los sonidos labiales se corresponden con la primera actividad alimenticia<sup>54</sup>. En el proceso de hominización, a medida que la mano se libera de su carácter prensil, la boca desarrolla, a la par de su función nutritiva, un campo gestual, deíctico y señalativo, del que serían eco suyo algunas de estas pervivencias fonémicas hasta alcanzar un grado de organización simbólica.

De lo hasta aquí expuesto, resaltamos tres hechos notables: el descubrimiento de la autoafección en la unidad fonoauditiva, la organización procesual del significante en capas motrices y sinestésicas motivadas y, en tercer lugar, como implicación de los otros dos, la simbiosis mundo-cuerpo en esa unidad de articulación auditiva. A partir de aquí, queda configurada la semantización del cuerpo en cuanto función expresiva de tal unidad fonocústica. El significante engendra significado por recurrencia y amalgama de funciones sensorias y motrices. El cuerpo se somatiza y el soma deviene sema. No hay significado fuera de la actuación pragmática del significante. Cuando se abstraen los significados de sus funciones pragmáticas y se convierten, así, en nuevos significantes, o cuando estos se objetivan y remiten a otros, conceptualizándose, entonces surge la auténtica dinámica interior del signo, que es un estadio de organización superior a la del índice y señal sensoreomotriz. Tal epojé es procesual y coincide, en sus primeros barrantos, con atisbos iniciales de autonomía sensoria y consciente.

Cuanto sucede en la unidad fonoauditiva en relación con el descubrimiento constitutivo de la unidad mundo-cuerpo, acontece, a la par, con la revelación del yo dentro de ella. Lo articulado es el

---

<sup>54</sup> Ucla, B.: *Phonème et Latéralité*, o. c., pp. 109-111, 122.

soma. El sujeto se tematiza al sentirse distanciado de sí mismo, distancia en la que se comprende y organiza como sentido. Ser yo es hacerme o verme otro en esta modalidad que me acontece, u oír al otro que me invade modelizándome, revelándome como interlocutor suyo. Un modo que en Husserl genera modelo. Es sentir e interpretar la “concreción muda” de *La crisis*<sup>55</sup>. Sin embargo, eso concreto coexige de forma constante otras presentaciones que dejan tras de sí un resto atemático, anónimo<sup>56</sup>, y éste nos configura desde la base como un limo. A esa separación-encuentro consigo mismo pertenece el origen fenomenológico del lenguaje. Es fenómeno sentido, la surgencia del sentido en lo sentido. Me habla. Por tanto, la “concreción muda” se revela más bien como remanente metodológico, aquello que intuyo desde un hablar silencioso como culminación suya.

Para Husserl, estas unidades responden al *modo de apercepción fundamental*, ya citado, o a la *instauración originaria*<sup>57</sup>. En el primer caso, el “fluido síquico” del significante, de lo pre-dado, contribuye, en su misma fluencia, a constituir otro tipo de objetividad, la de los objetos espirituales, también ya citados. Su carne sensible, sonora, por ejemplo la de un poema, no es carne existente<sup>58</sup>. Sufre una metástasis. Al animarse el cuerpo y somatizarse el espíritu, estas unidades adquieren también carácter ideal. No obstante, el vocablo sigue siendo el ancla y basamento del sentido. El significante sonoro es arrastrado por él y lo insufla de preindicación, de orientación discursiva. En él está el ritmo, la dinamicidad<sup>59</sup>. Lo convierte en una materia especial, en *Leib*, según vimos. Existe en el significante, por tanto, una sustancia formalizada que no es pura sustancia. La expresión se bifurca en dos formas, una puramente expresiva, insu-

---

<sup>55</sup> Husserl, E.: *Die Krisis der Europäischen Wissenschaften und die Transzendente Phänomenologie*. Hua VI, p. 191.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>57</sup> Husserl, E.: *Cartesianische Meditationen*, o. c., p. 114.

<sup>58</sup> Husserl, E.: *Ideen II*, o. c. pp. 239, 243.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 241.



flada en la materia fónica, y otra conceptual, que delimita la fluidez del sentido en concreciones semánticas. La sustancia del contenido se reserva un plano previo de expresión, cuya frontera, transparente y esquemática, resulta imprecisa. No deja huellas de su productividad en el interior de la sustancia. Sobre esta base y la reducción consecuente de Saussure, organiza Hjelmslev la estructura del signo lingüístico y de la función semiótica<sup>60</sup>.

Husserl traslada su concepción implícita del signo al campo de la subjetividad. Hay en él un esquema estructural de discurso o *articulación de sentido*: una unidad animada se integra en otra de orden superior. Parte de ella para explicar la constitución perceptiva del hombre, que es segunda respecto del yo y del otro. Comprendo a los otros percibiéndome de la misma manera que los percibo a ellos, por presentación. Mi yo directo, revelado frente a mi cuerpo como objeto suyo interior, coincide con ese otro yo apercebido. Esa coincidencia se llama ser hombres. Husserl convierte su unidad en un signo. El significante es el cuerpo y, el significado, el alma. Se integran en unidad superior y funcionan asimismo como significante frente a otro signo-hombre, que ha de elucidar su significado correspondiente. Así se forma la sociedad o discurso supremo de signos: el campo del nosotros. Sólo en él soy un auténtico yo y, el otro, un verdadero otro. Yo y otro sólo tienen sentido en nosotros<sup>61</sup>.

Tal identidad de yoes, el percibido directamente y el apercebido por el otro, coincide con la identidad de la elucidación en el "Origen de la geometría". Al percibir, en el otro se produce "una forma en formación" y, en virtud suya, los dos procesos, el mío y el suyo, se revelan el mismo<sup>62</sup>. Son procesos derivados de una unidad de sentido globalizante, de la "transgresión intencional" del apareamiento:

---

<sup>60</sup> Cf. Hjelmslev, L.: «Expression et contenu», en *Prolégomènes à une Théorie du Langage*. Minuit, París, 1968-1971, pp. 65-79; «La stratification du Langage», en *Essais Linguistiques*. Minuit, París, 1971, pp. 45-77; «Entretien sur la théorie du Langage», en *Nowveaux Essais*. Puf, París, 1985, pp. 69-86.

<sup>61</sup> Husserl, E.: *Ideen II*, o. c. p. 242.

<sup>62</sup> Husserl, E.: *Die Krisis*, o. c., p. 374.

hombre integra a cuerpo y alma; cada una de estas unidades sintetiza percepciones correspondientes: la sociedad engloba a los hombres, etc. El hombre es para la sociedad el correlato del sentido en el vocablo, así como el discurso lo es de la sociedad. Tanto aquí como allí, al aspecto somático le corresponde poco, menos aún al corpóreo, pues, en el fondo, se trata de una interpretación continua de lo coexistido, de lo co-presentado, de la presentación.

Algo similar, analógico, sucede en *La crisis*. Percibir “lo ajeno” es un modo de percepción mía, de variación mía al modo de mi ser otro en la cadena duradera de la des-presentización continua. Las formas de darse el otro, el mío y el del otro dentro de mí, son análogas. Y así también la percepción de mi ser, como objeto, en el otro<sup>63</sup>.

El signo de Husserl reduce a idealidad la referencia afectiva de su primera sustancia. Erradica de lo propio aquello que lo fundamenta. En la conciencia constitutiva hay una unidad a un tiempo diferenciada de mundo, cuerpo, yo y dependencias funcionales que la estructura íntima del tiempo impone como fondo perceptivo. Todo contenido ya sintetizado ingresa en un flujo precedente de motivaciones que irradian, a su vez, sus propios elementos. Se incardinan en el flujo. Lo estático de la percepción —noemático— deviene así dinámico —noético—<sup>64</sup>. La lingüística tiene su equivalencia en las relaciones sintagmáticas y paradigmáticas. La noesis atraviesa sus noemas, trascendiéndolos.

En la *forma íntima del tiempo* se da el pliegue de la conciencia sobre sí misma sin intervención opaca de ningún tipo. El lenguaje desaparece de ella con sus obstáculos. Se transparenta en otra cosa. La unidad de sentido abstrae el significante que la posibilitó. Sin embargo, en su dinámica temporal intuimos un reflejo suyo. Proyecta una sombra transparente. ¿De dónde le viene al proto-Yo su carácter declinable, el ser yo del Yo o en el Yo, el constituir “desde sí y en sí la intersubjetividad transcendental”, el “Yo de los otros trascendentales”?<sup>65</sup>. De la autodonación, del autoconstituirse,

<sup>63</sup> *Ibid.*, pp. 188-189.

<sup>64</sup> Husserl, E.: *Ideen II*, o. c., p. 227.

<sup>65</sup> Husserl, E.: *Die Krisis*, pp. 188-189.

de la autotemporalización. Pero esto sucede siempre desde lo extraño, desde lo ajeno que me invade, tanto en su dimensión negativa —en lo otro de mí me descubro a mí mismo—, como positiva: en el despliegue de mis actuaciones no puedo decidirme sin horizonte, sin otro dentro de mí. Incluso mi propia constitución es algo extraño en la inmanencia de mi yo. El extrañamiento de la epojé extraña. ¿No podría ser, entonces, el lenguaje la doblez de ese pliegue, el producto de la dinamicidad autoexplicativa? ¿La marca del autodistanciamiento, el espacio del otro, su energía?

El paso de la *Vorstellung* al objeto, que en Husserl corresponde a la expresión, obliga a considerar un lenguaje imaginado. No sabemos en qué consiste esta palabra de la imaginación fuera de una imagen verbal, del remanente que el lenguaje determina en la conciencia afectando sus propias formas discursivas. Resulta difícil concebir una conciencia impoluta que no se vea afectada, en su distanciamiento, por la plasticidad del objeto espiritualizado que constituye. ¿Cómo podría una sustancia absoluta, siempre idéntica, dar cuenta del complejo fenoménico, variado y creciente, que descubrimos en la correlación mundo-yo-lenguaje? G. Santayana rechaza esta posibilidad y la sustituye por una “forma actual plástica” en el cuerpo y la mente. Con ella explica la permanencia del pensamiento y unidades sintéticas de la experiencia<sup>66</sup>.

La interrogación continua que la epojé realiza presupone una forma de diálogo. Husserl da a entender que es lingüística la pregunta, pero no la respuesta que se obtiene. El yo transcendental escapa así al esquema del lenguaje que lo posibilita como pregunta. Es la soledad de fondo de la epojé en cuanto exigencia metodológica<sup>67</sup>. El ojo que ve está siendo visto. ¿No pudiera ser que el lenguaje que habla, el decir, esté siendo hablado, dicho? ¿Que la soledad de la epojé sea el silencio constitutivo de la palabra, el limo donde germina? Por eso cabe preguntar todavía: ¿refleja la expresión de

---

<sup>66</sup> Santayana, G.: *Reason in Common Sense*. Dover Publications, Inc. New York, 1980, p. 71.

<sup>67</sup> Husserl, E.: *Die Krisis*, o. c., pp. 187-188.

Husserl esta plasticidad? ¿Se remodela el yo transcendental según va constituyendo, explicitando, sus unidades perceptivas? ¿Es puro principio explicativo? La autotemporalización deja entrever un modo plástico de engendramiento sin explicitar el correlato objetivo de la expresión. ¿Pura forma? ¿Sustancia alada? ¿Un *plus* de conciencia? La identidad precisa formas de retención; la conciencia, inscripciones, marcas. No basta pensar el presente como forma puntual transcurriendo. Si transcurre y ha de conocerse, cristaliza en forma de algún modo consciente. Sentirse es notarse, tener evidencia de sí mismo, una unidad perceptiva, aunque sea licuada o etérea. La fonoauditiva es procesual, emergente. No existiría sin cuerpo. Deja marcas que denominamos significados. Así como se articula en un primer nivel investida de sentido, así se articula también, desde este signo inicial, en otros significados más complejos. Su interioridad es significativa.

Humboldt atiende a esta determinación procesual del pensamiento objetivándose en palabra. El lenguaje es "das bildende Organ des Gedanken"<sup>68</sup>, cuyo lugar de inscripción está en el movimiento articulado. La articulación prima sobre la recepción en el plano onomasiológico por ser en ella donde se produce, a modo de fuente primordial, la constitución objetiva. El sonido del lenguaje es objeto creado. No existía en el mundo fuera de la naturaleza humana. Aparece porque la conciencia lo explicita o porque el surgir de la conciencia ya suena. Nada sabríamos de su interioridad sin las formas recurrentes, sin su resonancia mutua. Su sonido es concepto aireado. Humboldt resalta así la organización originaria, en alianza indisoluble, de pensamiento, fonación y oído como algo propio de la naturaleza humana<sup>69</sup>. La lengua no es sólo condición de existencia conceptual. Actúa sobre el modo del concepto imprimiéndole una marca<sup>70</sup>. El

---

<sup>68</sup> Humboldt, W. von: *Schriften zur Sprachphilosophie*. Cotta, Stuttgart, 1988 (1963), p 426. Las citas de esta edición comprendidas entre las páginas 144-367 corresponden a «Ueber die Verschiedenheiten des menschlichen Sprachbaues»; a su vez, las páginas 368-756 se refieren a «Ueber die Verschiedenheiten des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts».

<sup>69</sup> *Ibíd.*

<sup>70</sup> *Ibíd.*, p. 433.

concepto nace espontáneamente con el lenguaje, aunque no siempre ajusta en él del todo la riqueza de su contenido, que desborda también a la materia verbal. Incluso la representación objetiva es deudora del lenguaje concipiente<sup>71</sup>. De ahí que el contenido no sea puro noema subsistente, susceptible de aprehensión en un golpe intuitivo o por aproximaciones sucesivas. Las leyes fijas que lo rigen se muestran en su proceso, pero no así el campo de aplicación o las modalidades de su producto, que permanecen indeterminadas<sup>72</sup>. En la aplicación noética surgen los noemata como marcas suyas de inscripción.

Tal función productiva es la *Darstellung* o paso de la representación al objeto. Hay cierta connaturalidad en este término con la expresión de Husserl, pero Humboldt centra su actividad en la articulación, palanca o clave arquitectónica del íntimo nudo que establece el operar conjunto de lengua y pensamiento<sup>73</sup>. Es irreductible, fuente originaria, y se identifica con la intención significante más que con el sonido propiamente considerado. La intención y su capacidad significativa constituyen por sí solas el sonido articulado<sup>74</sup>. Humboldt resalta la capacidad significante del sonido sobre la materialidad sonora de éste. Esta intencionalidad articuladora es de suma importancia. Sin ella, el material sonoro nunca alcanzaría carácter de signo. Humboldt describe su proceso a través de la voz emergiendo del pecho como “música viva” o “soplo de vida”, a la que insufla sentido, donde se concentra, del mismo modo que la lengua restituye en el objeto representado la emoción que lo acompaña como contemporáneo suyo. Es, por tanto, intencionalidad surgida en un medio vivo. Y así se funden en ella mundo y hombre, actividad y receptividad humana<sup>75</sup>. Relaciona incluso el sonido lingüístico con la verticalidad homínida, suscitada de algún modo por aquél. La lengua es síntesis

---

<sup>71</sup> *Ibid.*: p. 154.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 431.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 192.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 440.

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. 428.

constituyente de mundo. Engloba la actividad de la naturaleza a través de la energía del cuerpo y, en su actuar, el hombre asimila al tiempo que abre mundo.

Así pues, el objeto se constituye en el espacio lingüístico y reintegra con él la afectividad de la voz. La constitución objetiva acaece en el surgir de la interioridad conociéndose como palabra. El objeto se objetualiza reintegrándose en el sujeto, la emisión en recepción<sup>76</sup>. Es la base de lo que O. Hansen-Love denomina revolución copernicana del lenguaje. Humboldt hace hincapié, sin embargo, en la pura donación sonora como emergencia de sentido articulado, precediendo, en apariencia, la constitución del objeto a su recepción afectiva por el oído. Esto no implica que el sentimiento acompañe al objeto en segunda instancia. Dice que lo restituye y que es su contemporáneo. Estaba, entonces, de alguna manera oculto. Antecedía en latencia y emerge a la par que el objeto se constituye. Tal latencia va incurra en la voz, en la vida como voz, que es quien insufla sentido. El objeto se constituye ya en una capa de sentido emergiendo del cuerpo. Y la voz "acompaña", incluso fuera de la lengua, al dolor, a la alegría, a la desgana, al deseo, todas ellas designaciones de afecto objetivado. La voz individualiza. El concepto, que brota en su engarce, abstrae. Gracias al sonido, los dos polos se funden en uno solo con valores diferenciados según la aplicación y el genio de cada lengua.

Ahora bien, Humboldt resalta la pertinencia del lenguaje en la constitución objetiva sin prescindir de la subjetividad. Lo articulado revierte como audición. Sin este preámbulo, no existe concepto y, por tanto, pensamiento. El habla es incluso condición imprescindible del monólogo<sup>77</sup>. La objetividad se refuerza cuando revierte a nosotros como sonido ajeno, es decir, cuando otro la repite. Lo que llevamos y producimos dentro viene a ser una modificación de lo común a todos, porque la lengua nos precede. El habla es mancomu-

---

<sup>76</sup> Cf. Hansen-Love, O.: *La Révolution Copernicienne du Langage dans l'Oeuvre de W. von Humboldt*. Vrin, París, 1972, pp. 63-64.

<sup>77</sup> Humboldt, W. von: *Schriften zur Sprachphilosophie*, o. c., p. 429.

nidad del género humano. Descubre una misma esencia por el hecho de que nos comprendemos<sup>78</sup>. Los individuos de una comunidad tienen en común una lengua. Y hasta entre individuos de comunidades distintas se despierta la capacidad lingüística según el modo de ser uno el hombre con el hombre. La objetividad constitutiva es el tributo del individuo a una esencia común que lo trasciende. La lengua, dirá Saussure, es lo sistemático y social común a todos los individuos; el habla, lo peculiar de estos<sup>79</sup>. Pero no existe una sin la otra.

La constitución humboldtiana se muestra también trascendente. La lengua es “un objeto extraño” y su producto procede de algo diferente de aquello sobre lo que se aplica<sup>80</sup>. Sin embargo, pertenece a la esfera de lo propio, donde se objetiva, y en ella lo trasciende. Humboldt descubre el valor transcendental del lenguaje en términos muy semejantes a los que Husserl emplea para reducir el yo de igual índole. La lengua se objetiva en el individuo y lo trasciende, porque lo precede. El hablante es autónomo y obedece, sin embargo, a imperativos superiores. Aquello que lo rige en el lenguaje procede, a su vez, de una naturaleza mancomunada. Ha estado en otros como en mí, sólo que no con esta misma modificación suya: «und das Fremde in ihr (der Sprache) ist daher dies nur für meine augenblicklich individuelle, nicht meine ursprünglich wahre Natur»<sup>81</sup>. ¿No están implicados aquí el yo de la epojé, de naturaleza momentánea, primordial, y el Yo trascendental de la intersubjetividad? Humboldt anticipa cuestiones fenomenológicas y convierte al lenguaje en objetivación del pensamiento<sup>82</sup>.

<sup>78</sup> *Ibíd.*, p. 432.

<sup>79</sup> Saussure, F. de: *Cours de Linguistique Générale*, o. c., p. 30.

<sup>80</sup> Humboldt, W. von: *Schriften zur Sprachphilosophie*, o. c., p. 437.

<sup>81</sup> *Ibíd.*, p. 438.

<sup>82</sup> Convendría cotejar, por ejemplo, el apartado b) del § 54 de *Die Krisis* (o. c., pp. 187-190) con la sección «Natur und Beschaffenheit der Sprache überhaupt», de Humboldt, en concreto el punto decimocuarto, del que entresacamos el siguiente párrafo: «Die Thätigkeit der Sinne muß sich mit der inneren Handlung des Geistes synthetisch verbinden, und aus dieser Verbindung reißt sich die Vorstellung los, wird, der subjectiven Kraft gegenüber, zum Object und kehrt, als solches auf neue wahrge-

Si resumimos lo hasta aquí expuesto, nos encontramos con que en el habla (*Rede*) se despierta la afectividad y el lenguaje nos remite, por un lado, al núcleo amniótico, donde ya se nos habla desde fuera, y, por otro, al aire del mundo, que revierte nuestra propia articulación y constituye una síntesis de nueva naturaleza. Todos esos reclamos externos descubren la transitividad interna del yo en sus pretensiones de plegarse y alcanzarse como forma pura. En esos pliegues se evidencia su alteridad constitutiva. El buscarse o expresarse implica cubrir un hueco que lo distancia de sí en sucesivos modos de presencia, ninguno de ellos plenificante. Este espacio transitivo altera y extraña originando heteronimia diversa. Cada nombre nombra lo otro inalcanzable. Al hablar, respondemos a un decir que nos inviste previamente —el habla del otro—. La presencia se inicia como pregunta o asombro ante lo extraño. Uno de esos nombres es el espacio del Otro o función del cuerpo en tránsito verbal de mundo.

La expresión se identifica con la presencia del mundo corporeizado en la conciencia. Es la forma diferenciada del mundo en tal cuerpo y no otro, su principio formal determinativo, la concepción del concepto que se inscribe en el espacio-tiempo diferencial de la materia animada organizándose como sustancia sintiente y humana. La conciencia se concibe en y desde lo extraño de sí misma, porque algo la extraña, al modo, por ejemplo, de la *facticidad* de J. P. Sartre<sup>83</sup>, puesto que ella nunca es el fundamento de su ser, aunque sí el espacio-tiempo de su sentido. Eso extraño es voz que llega del mundo como habla, reclamándola, pero llega en y desde ella misma, objetivándose. Lo concreto y diferencial de sí presupone una identidad sentida en ese mismo instante, formalmente diferenciada, por lo

---

nommen, in jene zurück. Hierzu aber ist die Spracheunentbehrlich. Denn indem in ihr das geistige Streben sich Bahn durch die Lippen bricht, kehrt das Erzeugniss desselben zum eignen Ohre zurück. Die Vorstellung wird also in wirkliche Objectivität hinübersetzt, ohne darum der Subjectivität entzogen zu werden. Dies vermag nur die Sprache...» (*Schriften zur Sprachphilosophie*, o. c., pp. 428-429).

<sup>83</sup> Sartre, J. P.: *L'Être et le Néant. Essai d'Ontologie Phénoménologique*. Gallimard, París, 1943, pp. 121, 356.



que su apertura se abisma, a la par, en grieta o hueco que sólo de forma inadecuada la sutura de un signo engendrado en ese espacio-tiempo puede colmar, siempre a distancia. Es la grieta del lenguaje. Desde entonces, conciencia y signo se engendran mutuamente. Son lo uno del otro.

M. Henry extiende la autodonación del afecto, en cuanto esencia de la vida, a los niveles sensitivo, conceptual e imaginativo<sup>84</sup>. Son tres aspectos del funcionamiento formal de la afectividad, entendida ésta como identidad inmanente y radical del contenido con su forma<sup>85</sup>. Identifica la función de la cenestesia con la *facticidad* de J. P. Sartre y la describe como “el término inevitable” desde el que la conciencia «se lève vers le monde et construit ses projets». Su presente «n'est une présence que par la distance où la tient la conscience, elle-même identique avec cette distance comme telle»<sup>86</sup>. En este distanciamiento se engendra para nosotros el lenguaje como función suya.

El pensamiento nunca fue tal al margen de la palabra. Si hay capa previa de expresión, según señala Husserl, la concebimos desde la expresión misma. Fuera de ella se sume en el olvido, cuya anonimidad sirve de base, por ejemplo, a E. Levinas en diferentes interpretaciones de las síntesis husserlianas. Lo anterior a la expresión es también autoconstituyente, la búsqueda del origen que la retiene y sostiene. La forma surge como función pensante de la conciencia. No está ahí desde siempre ni para siempre. Es el brotar del mundo con éstas y no otras determinaciones. Depende tanto de la idealidad como de su ser material sensóreo, pues es función de la materia abstraída que ya actúa en la constitución del sensible. Se identifica con el lenguaje. En el monólogo, no desaparece la capa sensible del significante. Dejaría de existir el hombre como totalidad perceptiva. El sensible está en suspenso posibilitando la dinámica del flujo consciente, el espacio-tiempo que éste determina sobre un vacío aparente que es silencio

---

<sup>84</sup> Henry, M.: *L'Essence de la Manifestation*, II. Puf, París, 1963, p. 649.

<sup>85</sup> *Ibíd.*, p. 648.

<sup>86</sup> *Ibíd.*, p. 637.

abismado. La distancia de sí a sí de la conciencia también significa. Es parte del significante que engendra su función, donde precisamente se constituye la apercepción fundamental de Husserl. Significante y significado son reflejo de la función expresiva, partes suyas constituyentes, no aisladas. El remanente de sus actuaciones deja una marca o huella que, estando en suspenso el sensible —una ausencia presente y actuable en cualquier instante—, se reproduce en la imaginación. Hay, pues, una imagen funcional del lenguaje constituido. Es ella quien posibilita el lenguaje interior, silencioso, y dentro de ella brota también la voz nómada, errante, que arrastra al yo por los pliegues de sus funciones. En la autodonación, siempre “agrieta-da”, de la conciencia, se engendra la forma como expresión funcional suya. En esto consiste el carácter transcendental del lenguaje en tanto forma primordial propia y ámbito resonante de lo Otro.